

sandalias prohibia el acceso en la estancia al marido mismo, que no debia franquear esta barrera. Un uso tal tenia casi fuerza de ley; si algunos maridos se resistian, los mas sometianse. Bueno es añadir, sin embargo, que algunos, habiendo sorprendido á los sacerdotes ó monjes ocupados en cosa muy diferente que ejercicios de piedad, les administraron, sin respeto á su carácter sagrado, vigorosas demostraciones, enseñándoles así el peligro material é inmediato que podia acarrearles la falta al voto de continencia.» (Petición del Dr. Arsenio Drouet al Senado, 1876.)

Hechos aislados, narraciones de viajeros diplomáticos, aun cuando estos viajeros se hayan hecho Lazaristas, no prueban mas contra la Iglesia griega, de lo que las historias de Contrafatto, de Lacolonge, del hermano Leotadio y la reciente del hermano Alejandro, prueban contra el resto del clero católico.

Un ruso que hubiese pasado recientemente por París, y que habiendo asistido al proceso del abate Maret (lo cual hubiera sido difícil, por cuanto la vista ha tenido lugar á puerta cerrada, y no sin gran trabajo he logrado procurarme el acta de acusacion); un ruso que habiese asistido al proceso formado al abate Maret, cura del Vésinet, quien ha sido condenado á ocho ó diez años de presidio por diferentes atentados contra el pudor, entre otros sobre la persona de una niña de trece años á cuyo padre habia, por otra parte, administrado la extremaunción, ¿tendria ese ruso derecho á sacar de tal pro-

ceso conclusiones contra todos los sacerdotes católicos?

Ese bribon, entiéndase el abate Maret, elegia, para mancillar á esa niña, el momento en que la acompañaba de regreso del entierro de aquel mismo padre á quien administrara, ó bien, en la sacristía, los dias de la Asuncion ó de alguna otra fiesta señalada; importándole poco que fuese esta la de la Virgen.

Ved á ese ruso, de vuelta en su país, refiriendo el proceso y deduciendo que todos los sacerdotes franceses obran lo mismo.

No dejaria de cometer una infamia condenable de todo punto, cuya imitacion dista mucho, ciertamente, de vuestro pensar, cuando nos dais como argumento concluyente el relato de ciertos hechos de que se han hecho culpables un campesino inglés y un *pope* ruso.

Queria tan solo, señor abate, haceros ver á la vez el peligro y la inutilidad de presentar tales pruebas.

Dejemos, pues, de una y otra parte, y una vez por todas, las anécdotas individuales, y ocupémosnos de lo principal, como dicen en los tribunales.

Despues de haber establecido que el valor de las sociedades está siempre en razon de la mayor moralidad de las familias que las componen, lo cual es incontestable y mediocrementemente lisonjero para los países que han quedado siendo católicos, intentais establecer y afirmáis que el divorcio destruye el amor á la familia y hasta el amor á la



patria en las sociedades que lo practican, y decís:

*Proclamando la indisolubilidad del matrimonio el cristianismo ha obrado, pues, en interés de la moral pública y de la sociedad.*

*Con la facultad del divorcio la corrupcion extiende necesariamente sus estragos, por la licencia dada á las pasiones; la union transitoria del hombre y de la mujer compromete la ventura de la familia; la suerte de los hijos, su educacion, su porvenir sufren el choque funesto de la mala conducta de sus padres; la sociedad, en fin, padece siempre graves ataques por los escándalos públicos que tiene á la vista cuando se multiplican los divorcios.*

*Al contrario, una vez admitida la indisolubilidad del lazo conyugal, la familia recobra la dignidad con la seguridad que se le da de una existencia mas estable; la condicion de los hijos no es ya abandonada á la incertidumbre y al azar: la sociedad deja de ser una aglomeracion de existencias aisladas sin pasado, como sin porvenir; en vez de retroceder, marcha á velas desplegadas en la vía del progreso.*

Verdad es que, despues de escribir el pasaje que acabo de citar, despues de haber dicho que todos los pueblos entre los cuales está el divorcio en vigor no guardan ya respeto alguno al matrimonio, á la familia, á la patria, á la moral y á Dios, incurris en la imprudencia de añadir:

*Confesaremos que, despues de la supresion del divorcio en Francia, las costumbres no han mejorado mucho; que en los países católicos, particularmente en Francia, el matrimonio no es tan respetado como*

*lo era antiguamente: las separaciones de cuerpos y de bienes son frequentisimas, el concubinato y la prostitucion están muy generalizados; pero, ¿hay que atribuir á la proscripcion del divorcio esta decadencia de las costumbres en los países católicos? Causas hay muy diversamente graves, que demasiado lo explican.*

*¿Por qué el hogar no es actualmente para muchos sino un calvario con sus lágrimas y sus angustias? ¿Es porque los esposos no escrutaron, de antemano, la vida, el carácter, la tradicion, el honor de la persona con la que han asociado su destino; es porque no han cuidado de evitar los abusos que el orgullo y la concupiscencia humana han hecho del matrimonio; es sobre todo porque no han llenado formalmente, bajo la mirada de Dios, el acto mas grande de la vida: la fundacion de un hogar que será la cuna de una familia!*

*Hemos dicho ya como, en nuestros dias, la mayor parte de la Francia masculina vive alejada de Dios. Generalmente, en la época en que el niño se hace adolescente, comienza el divorcio funesto; él quiere ser un hombre; toma parte en todas las conversaciones, discute, juzga; la risa y los sarcasmos de la impiedad producen en él la duda, y pronto la negacion; por otra parte, cree que para ser hombre, es preciso olvidar las lecciones de su madre.*

*¿Y á ese jóven, á pesar de su satánico reir por un lado y de sus pasiones por otro, á ese jóven se entrega la virgen cristiana!*

*¿Cómo pudiera ser bendecida por Dios alianza*



tal? ¡Dios! No se le ha consultado, no se le han dirigido preces, hasta su mismo pensamiento estaba ausente.

¿Qué apetecen los padres hoy, cuando quieren casar á sus hijos, en una familia honrada? ¿Una esposa honesta, sencilla, virtuosa, cristiana? ¡No! Preocupanse muy poco de estas cosas. ¿Qué recomendaciones se hacen al amigo de la familia que se encarga de la delicada mision de encontrar una esposa? A menudo, ninguna. Conténtanse con decirle: «Ya sabes lo que nos conviene.» Y lo que les conviene es, sin preocupacion por la manera como se adquirió la fortuna, lo que les conviene es una heredera. El dinero en este momento vale por el honor, por la probidad, por todo. Y cuando el mensajero vuelve, dice: «Hé encontrado.»—¿Tiene, se le pregunta, mucha virtud? ¡Grosera ironía! Virtud ha venido á ser sinónimo de dinero, y el mensajero contesta con la cifra del dote. Los padres de la jóven no se inquietan poco ni mucho de la conducta de aquel á quien van á entregar lo que tienen de mas precioso. Infórmanse de su posicion: lo demás, poco importa. Ante todo le es menester al marido dinero para satisfacer su codicia y tal vez otras pasiones. A la mujer una posicion que le permita brillar en el mundo. Un jóven noble, que habiendo despilfarrado en placeres su juventud y su fortuna y buscando el medio de dorar de nuevo su blason, va á llamar á la puerta de un rico negociante y á pedirle la mano de su hija, es acogido con ahinco. El futuro suegro y el futuro yerno, temiendo cada cual perder el otro, prodiganse los mas extra-

ños testimonios de afecto y se atraen por cebos diferentes: el uno, envanecido por ser padre de una condesa, hace sonar su oro; el otro exhibe sus pergaminos.

Pero cuando el matrimonio estará consumado, cuando la jóven tendrá un titulo, cuando el conde arruinado habrá vuelto á ser rico, cuando los dos posean lo que deseaban, ¿serán felices? ¡Ay! Tienen lo que han buscado; pero no lo que da la felicidad. No han pensado en el objeto, en los grandes deberes que el matrimonio impone; han deseado el placer, los honores, en lugar de curarse de encontrar una compañera virtuosa, un amigo fiel; se han ofrecido presentes, mas no su corazon; no han pedido nada á Dios que da el amor, el ánimo, el mutuo suportarse, que santifica y fortalece los afectos y por consiguiente nada de El han recibido. Y, sin el amor recíproco, la abnegacion y la virtud, el hogar es un infierno.

A menudo, la desventurada que soñaba en los placeres se encuentra sola, olvidada, en tanto que su dote sirve para satisfacer culpables pasiones; no se ha amado á ella, sino á su oro.

Otras veces, el marido es quien se ve descuidado por su mujer, cuando esta conoce, al fin, aunque demasiado tarde, los desórdenes á que aquel se ha entregado.

Dichosos aun si la desventura no les agría, si, instruidos por la experiencia, pueden todavia reparar una parte de los males que se atrajeron.

Y hed aquí por qué pedimos nosotros el divorcio, porque el matrimonio ha llegado á ser entre nosotros tal como acabais de describirlo, porque



no hay razon ninguna para que no se procure el hacer salir del *infierno* á los que en él entraron por una mala inteligencia, por ignorancia, por necesidad si quereis, y que sufren en él con grandes peligros para sí propios y para los demás; porque hay una injusticia abominable en que esa virgen cristiana que nos mostrais entregada sin defensa á ese miserable disoluto que, no habiendo visto en ella mas que su oro, la abandona y la arruina para saciar sus detestables pasiones, se vea condenada á la desesperacion, á la esterilidad, á la miseria, á la soledad, á toda especie de sacrificios y de dolores que nadie tiene derecho á imponerle, ó al adulterio, al que todo la invita; y esto, porque ha sido casada por un padre imprevisor con un marido sin probidad.

¡Y vos, la Iglesia, quereis esto, vos que habeis tenido, durante mas de quince siglos, la dominacion del mundo, que habeis podido, por la persuasion como por la fuerza, modelar nuestra sociedad á tenor de vuestros textos, de vuestros principios, de vuestra ideal; y que no habeis logrado alcanzar sino el resultado que confesais, en nuestro país en que el catolicismo es todavía la religion nominal de la mayoría!

Ya que no habeis obtenido el deseado éxito con todos los medios espirituales y temporales de que disponiais, dejadnos buscar otro medio.

Este medio, este remedio, lo emplean las naciones que se han separado de vuestra autoridad, y es bueno según parece, pues que en ellas la familia

es mas numerosa, mas moral, mas unida y mas respetada que entre nosotros, por mas que lo negueis; porque nadie tomará en serio el que todos los pueblos que practican el divorcio son menos morales, menos felices, menos unidos, menos patriotas y hasta menos vigorosos que los franceses, los españoles, los italianos y los portugueses.

Cuando nos hallamos todavía magullados y destornillados por las derrotas que nos han infligido, hace unos pocos años, los compatriotas y los hijos de Lutero; cuando el pueblo contra el que quisiera yo, tanto como vos, tener solo que hablar mal, cuando ese pueblo protestante que Napoleon I amenazaba en 1809 borrar del mapa europeo, en sesenta años y á costa de energía, de paciencia, de buena inteligencia, de union y de patriotismo, se ha realzado y desarrollado en grado tal, que ha vencido ó absorvido en él á los países católicos que le rodean y ha tomado dos provincias á la pobre Francia que Napoleon nos dejara y que los cismáticos rusos, alemanes, ingleses habian acabado por sobrepujar; cuando la América nos daba, durante la guerra de secesion, y en un período de tres años consecutivos, el espectáculo del mas ardiente patriotismo al que sacrificaba sus mas caros intereses materiales; cuando los rusos y los turcos en la lucha que acaban de sostener recientemente unos contra otros, sitiadores y sitiados, vencedores y vencidos, han combatido con un encarnizamiento y un heroismo que han admirado al mundo; cuando los paganos, como vos los llamais, se sublevan pa-



trióticamente á derecha y á izquierda contra la dominacion de Inglaterra, que envía contra ellos escuadras sobre escuadras sin que su comercio, su prosperidad, su política y su influencia disminuyan por ello; cuando países mas pequeños, como Suecia, Noruega, Holanda, Bélgica y Suiza nos ofrezcan el espectáculo del trabajo, de la moralidad, de la union, del bienestar, del respeto de los mas grandes pueblos obtenidos por la práctica de la paz y de la libertad; no hay, no, en presencia de hechos tales, no hay que venir á decirnos que el divorcio ha desmoralizado, rebajado, corrompido, envilecido, debilitado y hecho degenerar, bajo todas las formas, á todos los pueblos en cuyo seno ha penetrado á consecuencia del gran escándalo de la Reforma.

No, señor abate, esa no es discusion formal, esos no son, sobre todo, argumentos graves, porque yo no dudo de vuestra sinceridad; solamente, aunque invocais de vez en cuando á escritores á quienes teneis en horror y en desprecio, como Voltaire ó Saint-Lambert, cuando encontrais un miembro de frase que, separado de los demás, aparenta daros la razon, en el fondo no sacais vuestras informaciones sino de los libros de vuestros misioneros ó de las narraciones de los historiadores ó de los viajeros que son de la misma opinion que vos y que tienen un interés dogmático en ver y representar bajo cierto cariz las cosas que son contrarias á sus convicciones, á sus intereses y á sus ideas.

Convenceos de ello, señor abate; cuando tantos pueblos mantienen una ley como la del divorcio, tienen para ello razones, estas razones son excelentes y no es únicamente para ellos, como decís, la ocasion de dar curso á sus abominables pasiones.

Esta ley ni les desmoraliza, ni les degrada.

Si se presenta un caso en que sea necesario y justo apelar á esta ley, sírvense de ella, los tribunales juzgan este caso como los otros delitos, sentencian favorablemente ó no, como sobre cualquier otra materia, y se acabó.

Estos casos son extremadamente raros y no impiden á las demás familias el vivir cristiana, moralmente y en perfecta armonía, si han tenido el tacto de contraer uniones honorables y reflexionadas; esto no impide á las madres el amar á sus hijos, ni á los hijos el llegar á ser ciudadanos, ni á los ciudadanos el llegar á ser padres y ser muy honrados y buenos, el defender sus hogares y su patria cuando ocurre el caso y el desarrollarse en conocimientos, en industria, en comercio, en arte, en moral y en libertad.

Ya sé que señalaréis algunas facilidades demasiadas, algunos excesos en la jóven América, y á ello os contestaré todavía por vos mismo, puesto que decís, á propósito de la poligamia de los patriarcas y del divorcio autorizados por Moisés, que eran medidas indispensables á toda sociedad naciente cuyo incremento debe el legislador desear y facilitar.

Ahora bien, los Estados-Unidos, que contienen





de ochenta y cuatro á ochenta y cinco millones de habitantes, disponen de un territorio que puede contener mil millones; la Rusia, que incurre un tanto en los mismos excesos tocante al divorcio, tiene un territorio habitable por quinientos ó seiscientos millones de habitantes, y cuenta, á lo mas, con un séptimo; ved ahí sus excusas.

Añadiré, ahora, puesto que los ejemplos particulares os interesan, y convencen á veces, y atendido á que, por otra parte, conversamos en toda confianza, que, de diez años acá, me acontece precisamente pasar los veranos, en Francia, en compañía de familias inglesas todas ellas muy numerosas, muy morales, muy unidas, aun cuando protestantes y viviendo bajo la legislacion del divorcio, del cual no piensan ni mucho menos en valerse y que tienen esta ley en sus derechos, como se tienen bombas de incendios ó bogas de salvamento para en caso de accidentes; lo cual no es una razon para poner fuego á la villa ó para echarse continuamente al mar durante la travesía.

Sábese que los medios están á mano, y se va y se viene por tierra y por mar mas tranquilamente, y nada mas.

En una de esas familias veo á un padre, á una madre y á siete hijos, de los que cinco son varones y dos niñas grandecitas; el padre, gran señor y todo como es, trabaja desde por la mañana hasta por la noche en el gobierno y en el engrandecimiento de su país; la madre no está en modo alguno relegada á un rincon de la casa y los niños son respetuosos

á mas no poder para el uno y para la otra, quienes son para todos tiernos.

En una segunda familia veo un padre de setenta y dos á setenta y cuatro años, que tiene once ó doce hijos de su primer matrimonio, y el cual, viudo, tiene ocho ó nueve mas de las segundas nupcias contraídas con una mujer llena de vida hoy y cuyo último vástago cuenta apenas algunos meses.

Los hijos de entrambos lechos viven todos y en la mas perfecta inteligencia; los mayores tienen ya una familia igualmente unida y, grandes y chicos, varones y hembras, están sanos, alegres, son laboriosos, y están llenos de respeto por el patriarca protestante que, durante cuarenta años, fué, en la India, el servidor activo y adicto de su país y quien, el año pasado, se arrojó al mar para salvar á una mujer católica que se ahogaba, porque el director del establecimiento, aunque católico tambien, no habia puesto en el agua las lanchas y las boyas reglamentarias de que hablaba poco há.

Estos ejemplos son frecuentes y me admiro de que no os hayan llamado mas vivamente la atencion.

En cuanto á mí, como si el azar mismo quisiese venir en mi auxilio, me encuentro sin haberlo premeditado y me detengo aquí mucho mas tiempo de lo que debia, precisamente para escribiros esta carta que lleva trazas de ser por demás larga, me encuentro en Suiza, en la villa del Lago de Ginebra, en pleno país protestante.

En la nomenclatura que haceis de los países que



el divorcio ha hecho degenerar, despues de haber exceptuado un tanto la Suiza, añadís que «mirándolo bien, pronto se vendria en conocimiento de que la Suiza se halla en las mismas condiciones que los otros.»

Por mi parte he mirado bien, y con ojos muy diferentes de los de la fé.

Todas estas gentes ofrecen el aspecto de tener la conciencia en extremo tranquila, y la vida muy ocupada y tan placentera como es posible.

Los niños, casi todos rubios, rizados y sonrosados, se les cuida y se les alimenta muy bien, y sonrien á todo el mundo. Sobre todo los militares parecen encantarles; los aclaman desde que los ven, lo cual pareceria indicar que la valentía tradicional de este pequeño pueblo ha quedado arraigada en su sangre y que, llegado el caso, sabria defender muy bien sus derechos ó su territorio.

El domingo, todas estas familias luteranas, aun cuando corrompidas por el divorcio, se dirigen á sus templos, donde cantan á voz en grito y con bastante concierto, hecho lo cual paséanse en la montaña, atravesando viñas, y se divierten con la mayor sencillez.

No beben mas de lo que se bebe en nuestro país.

Sus pequeños cementerios, á que dan sombra cupidos árboles, enbalsamados por las flores, son cuidados y conservados con un celo y una piedad extraordinarios, lo cual prueba que sus aficiones terrestres siguen hasta en la muerte á los que fueron su objeto.

Estas familias luteranas dejan á los católicos, que son sobre todo extranjeros, practicar su culto en su capilla y, sin tratarles de clericales, les permiten adorar á Dios á su manera.

Hace un mes que estoy aqui y todavía no he visto mas que á una sola madre zurrar á su hijo, porque éste se empeñaba quieras que no en subirse al pretil del camino, que daba á unos jardines situados á quince ó veinte piés de profundidad.

Esta correccion, brutal y todo como era, mas bien me hizo el efecto de una prueba de amor maternal, que de crueldad herética.

Y ahora, señor abate, ¿quereis saber por qué las costumbres conyugales se han relajado tanto, y por qué, de consiguiente, el divorcio se ha hecho indispensable entre nosotros y por do quiera?

Si las costumbres se han relajado, si el adulterio se ha hecho mas frecuente, no es á causa de la Reforma, puesto que la Reforma no nos ha alcanzado á nosotros los franceses (y no por ello dejamos de ser, al decir de todos los demás, el pueblo mas inmoral y mas disoluto de la tierra): es buenamente porque las penas que castigaban el adulterio en nuestras antiguas legislaciones, y de las que os he dado algunos datos en páginas anteriores, se han suavizado, en tal manera, que han venido á ser irrisorias é inútiles.

¿Por qué se han suavizado las leyes hasta este punto?

¿Ha sido por la intervencion de la Iglesia, intercediendo por los culpables?